

## CONFERENCIAS CÉLEBRES

Continuamos esta sección de la revista, dedicada a Conferencias célebres impartidas en la Universidad Autónoma de Madrid a lo largo de su historia, bien como Lecciones inaugurales de curso académico, o bien impartidas en su investidura por Doctores Honoris Causa nombrados por esta universidad. Se trata por tanto de conferencias con importantes contenidos relacionados con la ciencia y el progreso del conocimiento, e impartidas por personalidades ilustres del mundo académico, científico o social.

En esta ocasión publicamos el Discurso de Investidura como Doctor Honoris Causa de la Universidad Autónoma de Madrid en 2022, de **Paul Auster**, Escritor norteamericano (recientemente fallecido) y *Premio Príncipe de Asturias* en 2006.

## DISCURSO DE INVESTIDURA COMO *DOCTOR HONORIS CAUSA* POR LA UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE MADRID

de

**Paul Auster**

*Escritor y Premio Príncipe de Asturias*

## ENSAYO SOBRE VIVENCIAS PERSONALES

*Magnífico y Excelentísimo Señor Rector*

*Excmos. Miembros del Claustro*

*Señoras y Señores*

En 2017, me invitaron a Leópolis para participar en el Congreso Internacional del Club PEN. Acepté la propuesta por diversas razones, entre ellas, la personal. Mi abuelo nació en una ciudad situada a dos horas al sur de Leópolis y emigró a Estados Unidos hacia el año 1900. Esta era mi oportunidad para poder visitar ese lugar. Anteriormente conocida como Stanislau o Stanislav, fue rebautizada como Ivano-Frankivsk en 1962 y se ha convertido en una próspera ciudad de más de 200.000 habitantes. Hace dos años, en los primeros días de la pandemia, me senté a escribir el artículo que sigue, que relata el extraordinario día que pasé en Ivano-Frankivsk allá por 2017.

Ahora que la invasión rusa de Ucrania ha entrado en su segundo mes, desatando horrores y devastación a una escala que no se había visto en Europa desde la Segunda Guerra Mundial, considero este pequeño *ensayo* como una premonición de lo que estaba por venir. A estas alturas (24 de marzo de 2022), Ivano-Frankivsk ya ha sido bombardeada dos veces, y quién sabe lo que pasará allí en las próximas semanas y meses.

## LOS LOBOS DE STANISLAV

¿Acaso es necesario que un hecho sea cierto para que se acepte como cierto, o la fe en la veracidad de un hecho ya lo convierte en verdadero, aunque el hecho que supuestamente ocurrió no haya sucedido? ¿Y qué es lo que ocurre si, a pesar de los esfuerzos por averiguar si el hecho se produjo o no, llegamos a un callejón sin salida marcado por la incertidumbre y no podemos estar seguros de

contó en la terraza de un café en Ivano-Frankivsk, una ciudad al oeste de Ucrania, estaba basada en un acontecimiento histórico poco conocido pero verificable, o era una leyenda, o una fanfarronada, o un rumor infundado que había pasado de padres a hijos? Es más, si la historia resulta ser tan asombrosa y tan apasionante que nos deja boquiabiertos y consideramos que ha cambiado o profundizado nuestra comprensión del mundo, ¿importa o no que sea cierta?

Una serie de circunstancias me llevaron a Ucrania en septiembre de 2017. Tenía que estar en Leópolis, pero aproveché un día libre para viajar a dos horas al sur y pasar la tarde en Ivano-Frankivsk, donde nació mi abuelo paterno a principios de la década de 1880. No tenía más motivo para ir allí que la curiosidad, o lo que yo llamaría el atractivo de una falsa nostalgia, pues lo cierto es que nunca conocí a mi abuelo y sigo a día de hoy sin saber casi nada de él. Falleció 28 años antes de que naciese yo, a la sombra de un pasado no escrito ni recordado, y, mientras viajaba hacia la ciudad que él había dejado a finales del siglo XIX o principios del XX, comprendí que el lugar en el que había pasado su infancia y adolescencia no era el mismo que en el que yo iba a pasar la tarde. Aun así, quería ir allí, y al echar la vista atrás y reflexionar sobre las razones por las que quería ir, tal vez se reducían a un único hecho constatable: el viaje me llevaría a través de las sangrientas tierras de Europa del Este, el epicentro del horror provocado por las masacres del siglo XX, y si el hombre a la sombra de su pasado al que debo mi nombre no se hubiera marchado de esa parte del mundo cuando lo hizo, yo nunca habría nacido.

Lo que conocía antes de mi llegada era que, previamente a denominarse Ivano-Frankivsk en 1962 (en honor del poeta ucraniano Ivan Franko), la ciudad, de 400 años de antigüedad, se había llamado de diversas maneras: Stanislawów, Stanislau, Stanislaviv y Stanislav, dependiendo de si estaba bajo dominio polaco, alemán, ucraniano o soviético. La ciudad polaca pasó a ser de los Habsburgo, la ciudad de los Habsburgo se convirtió en la ciudad austrohúngara, la ciudad austrohúngara se volvió rusa durante los dos primeros años de la Primera Guerra Mundial, luego volvió a ser austrohúngara, luego fue ucraniana durante un corto periodo de tiempo una vez terminada la guerra, luego fue polaca, luego soviética (de septiembre de 1939 a julio de 1941), luego estuvo controlada por los alemanes (hasta julio de 1944), luego volvió a ser soviética y ahora, tras la caída de la URSS en 1991, es ucraniana.

En la época en la que nació mi abuelo, tenía una población de 18.000 habitantes, y en 1900 (año aproximado de su partida) vivían allí 26.000 personas, más de la mitad, judíos. En el momento de mi visita, la población era de 230.000 habitantes, pero, durante los años de la ocupación nazi, el número de personas era de entre 80.000 y 95.000, la mitad, judíos, y la otra mitad, no. Lo que yo ya sabía desde hacía algunas décadas es que, después de la invasión alemana en el verano de 1941, en ese mismo otoño, arrestaron a 10.000 judíos y los fusilaron en el cementerio judío y que, para diciembre, encerraron a los supervivientes en un gueto, desde donde se enviaron a otros 10.000 judíos al campo de exterminio de Belzéc, en Polonia, y que luego, a lo largo de 1942 y principios de 1943, los alemanes condujeron, de uno en uno, de cinco en cinco y de veinte en veinte, a los judíos que quedaban vivos en Stanislau a los bosques que rodeaban la ciudad y los fusilaron, los fusilaron y los fusilaron, hasta que no quedó ni uno solo; decenas de miles de personas asesinadas de un tiro en la nuca y enterradas en las fosas comunes que habían cavado ellos mismos antes de que los mataran.

El viaje me lo organizó una amable mujer que conocí en Leópolis, y como ella había nacido y crecido en Ivano-Frankivsk y todavía vivía allí, sabía dónde ir y qué ver, e incluso se tomó la molestia de contratar a alguien para que nos llevara hasta allí. El conductor, un joven desequilibrado sin miedo a la muerte, se lanzó por la estrecha carretera de dos carriles como si estuviera en una prueba para un puesto de especialista en una película de carreras de coches, arriesgándose en exceso y sin perder la calma cada vez que adelantaba a los vehículos que teníamos delante mientras se cambiaba de carril bruscamente, incluso cuando había coches en dirección contraria que se dirigían hacia nosotros; varias veces durante el viaje se me ocurrió que esa tarde gris y nublada del primer día del otoño de 2017 iba a ser mi último día en la tierra, y lo irónico que era -me decía- y a la vez lo terriblemente apropiado, que hubiera sido venir hasta aquí para visitar la ciudad que mi abuelo había abandonado hacía más de cien años solo para morir justo antes de llegar. Afortunadamente, el tráfico era escaso, una mezcla de coches rápidos y camiones lentos y, en un momento puntual, un carro tirado por un caballo que llevaba una

enorme pila de heno y que se movía a una décima parte de la velocidad de los camiones. Mujeres corpulentas, de piernas gruesas y con el típico pañuelo en la cabeza al estilo babushka caminaban por el borde de la carretera con bolsas de plástico llenas de comida.

Salvo por las bolsas de plástico, podrían haber sido figuras de hace 200 años de campesinas de Europa del Este atrapadas en un pasado tan antiguo que había perdurado hasta el siglo XXI. En el trayecto recorrimos las afueras de una docena de pueblos con grandes campos recién cosechados que se extendían a cada lado, pero luego, cuando llevábamos unas dos terceras partes del camino, el paisaje rural se transformó en una tierra de nadie de la industria pesada, siendo el ejemplo más espectacular la gigantesca central eléctrica que se alzó de repente ante nosotros a nuestra izquierda. Si no he entendido mal lo que la amable mujer me contó en el coche, aquella instalación monolítica suministra la mayor parte de su electricidad a Alemania y a otros países de Europa occidental. Así son las verdades contradictorias de ese territorio fronterizo de casi 1.300 kilómetros de ancho, enclavado en las tierras de la masacre entre el este y el oeste, ya que, mientras Ucrania abastece a un bando de energía eléctrica para que tengan luz y puedan funcionar, en el otro bando sigue derramando sangre para defender su territorio, cada vez más acorralado y reducido. Ivano-Frankivsk resultó ser un lugar atractivo, una ciudad que no se parecía en nada a la ruina urbana en desintegración que me había imaginado.

Las nubes se habían despejado minutos antes de llegar y, con el sol brillando y decenas de personas paseando por las calles y las plazas, me impresionó lo limpia y ordenada que estaba, era una pequeña ciudad contemporánea con librerías, teatros, restaurantes y una agradable mezcla de arquitectura nueva y antigua, no un lugar provinciano anclado en el pasado; las viejas construcciones habían sobrevivido desde los siglos XVII y XVIII, cuando los fundadores polacos y sus conquistadores los Habsburgo las erigieron. A mí me habría bastado con pasear durante dos o tres horas y luego regresar, pero la amable mujer que había organizado la visita sabía que mi propósito de ir hasta allí estaba relacionado con mi abuelo y, como era judío, pensó que me resultaría útil hablar con el único rabino que quedaba en la ciudad, el líder espiritual de la última sinagoga que quedaba en Ivano-Frankivsk, un edificio sólido y de diseño atractivo, de los primeros años del siglo XX que, por algún motivo, había logrado sobrevivir a la Segunda Guerra Mundial sin apenas daños, todos ellos ya reparados.

No estoy seguro de qué pensé en aquel momento, pero no tuve inconveniente en hablar con el rabino, puesto que probablemente era la única persona viva en todo el mundo que quizá —solo quizá— podría contarme algo sobre mi familia, esa horda anónima de antepasados invisibles que se habían dispersado y habían fallecido y que, posteriormente, habían desaparecido del reino de lo conocible, ya que era casi seguro que sus partidas de nacimiento hubieran sido destruidas por una bomba, o un incendio, o la firma de algún burócrata con exceso de entusiasmo en algún momento de los últimos cien años. Me di cuenta de que hablar con el rabino iba a ser una tarea inútil, un resultado de la falsa nostalgia que me había llevado a la ciudad, pero allí estaba, ese día y nada más, sin la intención de volver jamás, y ¿qué podría tener de malo hacerle algunas preguntas y ver si alguna de ellas tenía respuesta? No hubo respuestas.

El barbudo rabino ortodoxo nos recibió en su despacho, pero, más allá de decirme lo que yo ya sabía -que el apellido de mi familia era común únicamente entre los judíos de Stanislav- y luego divagar contando una breve historia de la guerra sobre una mujer con aquel apellido que había esquivado la captura de los alemanes escondiéndose en un agujero durante tres años y que luego salió de él enloquecida para el resto de su vida, no tenía más información que darme. Era un hombre ajetreado y nervioso, y estuvo fumando sin parar cigarrillos ultrafinos durante toda la conversación, apagándolos después de unas pocas caladas y sacando otros nuevos de una bolsa de plástico que tenía en su escritorio; no se mostró ni amigable ni hostil, simplemente estuvo distraído, con otras cosas en la cabeza y, por lo que pude ver, demasiado absorto en sus propias preocupaciones como para interesarse por el visitante estadounidense y la mujer que había organizado la reunión. Según la mayoría de los registros, en la actualidad no viven más de 200 o 300 judíos en Ivano-Frankivsk. No queda claro cuántos de ellos practican la religión o acuden a los servicios religiosos en la sinagoga, pero por lo que había presenciado una hora antes de encontrarme con el rabino, parece que no participase más que una mínima parte de ese

número ya tan reducido. Por pura casualidad, mi visita coincidió con Rosh Hashanah, uno de los días más sagrados del calendario litúrgico, pero solo una quincena de personas había acudido al templo para escuchar el sonido del shofar que da la bienvenida al nuevo año, 13 hombres y dos mujeres.

A diferencia de lo que ocurre en Europa occidental y en Estados Unidos en estas ocasiones, los hombres no llevaban trajes oscuros y corbatas, sino chaquetas de nailon y gorras de béisbol rojas y amarillas. Salimos de allí y estuvimos dando vueltas durante una hora, hora y media, o quizá más. La amable mujer me había organizado una reunión con otra persona de allí a las cuatro, un poeta que, al parecer, había dedicado muchos años a investigar la historia de la ciudad, pero por el momento teníamos tiempo para explorar algunos de los lugares que nos habíamos perdido antes, así que continuamos con nuestros paseos hasta recorrer una gran parte de la ciudad. Para entonces, el sol brillaba con fuerza y, con esa hermosa luz de septiembre, llegamos a una gran plaza abierta y nos encontramos frente a la Iglesia de la Sagrada Resurrección, una catedral barroca del siglo XVIII considerada la más bella construcción de la época de los Habsburgo, cuando Ivano-Frankivsk era conocida como Stanislau.

Me imaginé que, al igual que había sucedido en otras hermosas iglesias y catedrales que había visitado en pueblos y ciudades de Europa occidental, estaría casi vacía cuando entrásemos, sin nadie más que algunos turistas con sus cámaras. Me equivocaba. Esto no era Europa occidental, a fin de cuentas, era el extremo occidental de lo que había sido la Unión Soviética, una ciudad situada en la provincia de Galicia, en el extremo oriental del antiguo imperio austrohúngaro, y el templo, que no pertenecía a la Iglesia católica de Roma ni a la ortodoxa de Rusia, sino a la Iglesia greco-católica de Ucrania, estaba abarrotado de gente, ninguno de ellos turistas o estudiosos de la arquitectura barroca, sino ciudadanos locales que habían ido a rezar, a pensar o a estar en comunión consigo mismos o con el Todopoderoso en aquel vasto espacio de piedra en el que la luz de septiembre se filtraba a través de las vidrieras. Tenían que ser unas 200 personas en total las que allí estaban, y lo que más me llamó la atención de aquella gran y silenciosa multitud fue la cantidad de jóvenes que había, en torno a la mitad del número total, hombres y mujeres de veintitantos años sentados en los bancos con la cabeza inclinada o arrodillados con las manos unidas, la cabeza inclinada hacia arriba y la mirada fija en la luz que entraba por las vidrieras. Una tarde cualquiera entre semana, sin nada que la distinga de cualquier otro día, salvo que el clima se había vuelto excepcionalmente agradable y, en aquella tarde radiante, la Iglesia de la Sagrada Resurrección estaba llena de jóvenes que no estaban ni trabajando ni sentados en terrazas, sino arrodillados en el suelo de piedra, con las manos unidas y la cabeza inclinada hacia arriba en postura de oración. El rabino fumador empedernido, las gorras de béisbol rojas y amarillas, y ahora esto.

Después de todo aquello, me pareció completamente lógico que el poeta fuera budista. Y no, no era un converso new age que había leído un par de libros sobre el zen, sino un veterano practicante que acababa de regresar de una estancia de cuatro meses en un monasterio de Nepal, un hombre serio. Además de poeta y estudioso de la ciudad en la que había nacido mi abuelo. Era un tipo imponente, de manos carnosas y trato afable, atento y con una mirada limpia; iba vestido con ropa europea, y apenas mencionó su compromiso con el budismo, lo que me pareció una señal alentadora, por lo que confié en él y sentí que podía confiar en que me diría la verdad. Hablé con él hace apenas dos años y medio, pero lo curioso de todo esto es que, incluso después de tan poco tiempo y a pesar de que he pensado en ello casi todos los días desde entonces, soy incapaz de recordar una sola palabra sobre lo que me contó de la ciudad antes de que mencionara a los lobos.

Cuando comenzó a contar esa historia, todo lo demás se me olvidó. Estábamos sentados en la terraza de un café con vistas a la plaza más grande de la ciudad, el centro de Stanislau-Stanislav-Ivano-Frankivsk, un amplio espacio inundado por la luz del sol, sin coches y con un gran número de personas caminando de aquí para allá en todas las direcciones, sin que ninguno de ellos hiciera ruido, según recuerdo, eran solo una multitud de cuerpos silenciosos que pasaban frente a mí mientras escuchaba al poeta narrar la historia. Le habíamos informado de yo ya conocía lo que había sucedido con la mitad judía de la población entre 1941 y 1943, pero, cuando el ejército soviético irrumpió en la ciudad en julio de 1944, dijo, apenas seis semanas después de la invasión aliada de Normandía, no solo se habían ido los alemanes, sino también la otra mitad de la población. Todos habían huido hacia una u otra dirección,

al este o al oeste, al norte o al sur, de manera que los soviéticos conquistaron una ciudad vacía, un dominio sin nada. La población humana se había dispersado a los cuatro vientos, y en su lugar la ciudad estaba ahora habitada por lobos, cientos de lobos, quizá miles de lobos.

Qué horror, pensé, tan horrible que contenía el horror de la pesadilla más horrorosa, y de repente, como si despertase de mi propia ensoñación, me vino a la memoria un poema de Georg Trakl, en el frente oriental, que había leído por primera vez hacía ya 50 años, y que había releído una y otra vez hasta que me lo aprendí de memoria, y del que luego había hecho una nueva traducción; un poema de 1914, de la Primera Guerra Mundial, acerca de Gródek, una ciudad del territorio de Galicia, no demasiado lejos de Stanislau, que termina con esta estrofa:

*La espinosa naturaleza envuelve la ciudad.  
Por escaleras de sangre la luna  
persigue a mujeres aterrorizadas.  
Los lobos salvajes se han abierto paso a través de las puertas.*

¿Cómo lo sabía él? Le pregunté.

Por su padre, dijo, su padre le había hablado de ello muchas veces, y luego prosiguió explicando que, en 1944, su padre era un joven de apenas veinte años y, tras la toma del control por parte de los soviéticos de Stanislau -desde entonces, Stanislav- fue reclutado en una unidad del ejército encargada a la tarea de exterminar a los lobos.

La tarea duró varias semanas, según dijo, o tal vez varios meses, no lo recuerdo, y una vez que Stanislav volvió a ser habitable, los soviéticos repoblaron la ciudad con militares y sus familias. Observé la plaza que tenía delante y traté de imaginármela en el verano de 1944, todas aquellas personas que la transitaban de un lado a otro para hacer sus recados y que de repente habían desaparecido, borradas de la escena, y entonces empecé a ver a los lobos, docenas de lobos merodeando por la plaza, moviéndose en pequeñas manadas mientras buscaban comida en la ciudad abandonada. Los lobos son el culmen de la pesadilla, me dije, el resultado final de la estupidez que lleva a la devastación de la guerra, en este caso los 3.000.000 de judíos asesinados en esas tierras orientales de sangre, junto con otros innumerables civiles y soldados de otras religiones y sin religión; una vez terminada la matanza, los lobos salvajes se abrieron paso a través de las puertas de la ciudad. Los lobos no son solo símbolos de guerra. Son el fruto de la guerra y de lo que esta genera en la tierra.

No tengo ninguna duda de que el poeta estaba convencido de que me estaba diciendo la verdad. Los lobos eran reales para él, y ante la tranquila convicción de su voz mientras contaba la historia, yo también los acepté como reales. Ciertamente, él no había visto a los lobos con sus propios ojos, pero su padre sí, y ¿cómo iba a contarle un padre a su hijo una historia así si no fuera cierta? No lo haría, pensé, y cuando salí de Ivano-Frankivsk esa misma tarde, estaba convencido de que, durante un corto periodo de tiempo, después de que los rusos arrebataran el control de Stanislav a los alemanes, los lobos gobernaron la ciudad. A lo largo de las semanas y los meses siguientes, hice todo cuanto pude para seguir investigando sobre este tema. Hablé con un amigo que tenía entre sus contactos a algún historiador de la Universidad de Leópolis (Lviv, antes conocida como Lvov, Lwów y Lemberg), en particular a una mujer especialista en la historia de la región; ella afirmó que en ninguna de sus investigaciones anteriores se había topado con nada sobre los lobos de Stanislav, y cuando pudo investigar algo más a fondo sobre este tema, no consiguió encontrar ni una sola referencia a la historia que el poeta había contado. Lo que sí encontró fue un cortometraje sobre la toma de la ciudad por parte de las tropas soviéticas el 27 de julio de 1944; cuando recibí una copia de ese vídeo, pude verlo en el mismo sillón en el que estoy sentado ahora mismo. Unos 50 o 100 soldados, en filas bien ordenadas, entran en Stanislav mientras una pequeña multitud de ciudadanos bien vestidos y alimentados aclama su llegada.

La escena se repite desde un ángulo ligeramente diferente, y muestra los mismos 50 o 100 soldados y la misma multitud bien vestida y alimentada. Entonces la grabación muestra una imagen de un puente derruido y, antes de llegar al final, vuelve a la imagen original de los soldados y la multitud

que los aclama. Puede que los soldados fueran auténticos soldados, pero en este caso se les había pedido que interpretaran el papel de soldados, al igual que los actores a los que se les había pedido que interpretaran a la multitud que aclamaba estaban interpretando sus papeles en un cortometraje de propaganda mal montado e inacabado que pretendía ensalzar la grandeza y el valor de la Unión Soviética. Huelga decir que no aparece ningún lobo en ninguna parte de la grabación. Esto me lleva al punto de partida y a la siguiente pregunta sin respuesta: ¿qué debemos creer cuando no se puede estar seguro de si un supuesto hecho es cierto o no? A falta de información que pueda confirmar o desmentir la historia que me contó el poeta, prefiero creerle. Con independencia de que estuvieran allí o no, elijo creer en los lobos